

EESA N° 1

Título: En Ciencias Sociales aprendí a cosechar tomates

Autora: Jaquelina Triska

Cuando comencé en la docencia no estaba segura si realmente estaba preparada para hacerlo; una cosa era estudiar lo que a uno le gustaba, pero otra cosa muy diferente era transmitirlo.

Mis prácticas docentes habían sido en una escuela de Caseros: “un monstruo”; con adolescentes de 16 años. Si bien dude, jamás se lo transmití; al finalizar las practicas noté que había pasado por ellos sin pena ni gloria, si hubo despedida, pero la geografía no había entrado en sus vidas.

Ya recibida me mudo a San Vicente, mi pueblo natal, con su plaza en el centro, la iglesia, la municipalidad y a pocas cuadras la comisaría, un pueblo simplemente; en mi primer acto público tomó unas horas pensando que eran en una escuela a pocas cuadras de la plaza; pero no, me equivoqué. Era una escuela en el campo, a muchas, muchas cuadras del centro a la cual solo se podía acceder en auto, en bicicleta o caminando. Yo contaba con la segunda opción.

Era un 7º año de La EGB N°10, cuyo tercer ciclo articulaba en la Escuela Agraria N°1, niños pequeños; la mayoría de campo, miraban con cara de asustados.

Mis grandes láminas preparadas meticulosamente, mis mapas llenos de colores, eran solo objetos de la profesora de Ciencias sociales; no llamaban mucho su atención.

Recuerdo que el invierno se había adelantado, demasiado frío para estar en un aula en el medio del campo, sin estufa y con demasiada corriente de aire y chicos, la mayoría de las veces, muy desabrigados.

Fue entonces donde se me ocurrió una idea, ¿Qué pasaría si a mis materiales didácticos les adosaba una taza de leche chocolatada y un pedacito de torta, o pan relleno con dulce de batata, o cualquiera de las cosas que mi mamá preparaba para nosotros de chicos?

El resultado fue mágico, cada clase era productiva y maravillosa; los chicos confiaban en mí, hacían trabajos preciosos, entregaban en fecha, estudiaban para las evaluaciones. Quizá era una forma de decirme gracias, pero para mí era una forma de enseñar, una estrategia diferente, poco pedagógica, pero herramienta al fin.

En las horas de Ciencias Sociales los alumnos se sentaban en ronda, jamás el desayuno se transformó en una traba para el avance de las clases, las tazas eran un elemento más, como la lapicera, la goma o el pizarrón

Se acercaba el día del niño y pensaba mil regalos para hacerles, golosinas, un adornito, una tarjetita, nada me convencía, quería algo especial, algo que les diera pertenencia a la Escuela Agraria, que en definitiva era la orientación de la escuela. Finalmente se me ocurrió una idea, junté latas de tomates, las forré y con goma eva formé un conejo que parecía abrazar la maceta; adentro puse plantines de tomates.

Sin querer este fue el disparador de diversos temas, como por ejemplo: ¿De qué vivían los primeros hombres, cómo surge la agricultura, qué impacto tiene la agricultura en el medio ambiente?; diferencias entre cultivos de subsistencia y cultivos comerciales.

Un simple plantín de tomates fue una estrategia, impensada, pero de todas las aplicadas era la más productiva. Los textos no mostraban las dimensiones de los temas a tratar; a través de la plantita los alumnos continuaban el proceso de aprendizaje día a día en sus hogares y en otras materias tales como huerta.

Aprendieron sobre riego, sobre la luz solar, sobre el impacto de la naturaleza en los cultivos (cómo por ejemplo el riesgo de las heladas)

En algunos casos aprendieron sobre alimentación y cultivos de subsistencia.

A fines de setiembre comenzaron las llegadas estrepitosas y cada vez que entraba al aula, a veces incluso antes de decir buen día, se escuchaban voces gritar alegres: -seño, seño ya saqué un tomate de mi planta o - seño, seño a mi tomate le falta solo un poquito.

Pero lo mejor de todo (hasta el día de hoy es el recuerdo que me hace no bajar los brazos y agradecer la profesión elegida) es cuando el alumno más calladito, el más sumiso, el que a lo lejos se notaba que pasaba necesidades serias, se acercó a mi escritorio, cosa rara en él, con vos muy bajita me dijo: -seño, anoche no me fui a dormir sin comer; de su planta saque dos tomates. Agarramos un limón del árbol del vecino y lo hicimos ensalada. Mi mamá dijo que vamos a preparar más plantitas. Sin más, dio media vuelta y volvió a su silla en el fondo del salón. Demás está decir que me costó mucho contener las lágrimas; un nudo en el estómago me acompañó durante toda la mañana y sólo se fue cuando pude llegar a casa y dar rienda suelta al llanto.

En las clases siguientes, muchas plantas dieron sus frutos, en todos los sentidos que se imaginen.

Llegó noviembre, el cierre del año y les pregunté a los chicos qué era lo que más le había gustado de las clases de ciencias sociales y se escuchó una voz tímida responder desde el fondo:- cosechar tomates seño.

Esta experiencia dura, donde la realidad de nuestros chicos no queda fuera del salón, sino que entra a nuestras clases, participando activamente en nuestras exposiciones y en algunos casos convirtiendo nuestras estrategias pedagógicas en nada (¿qué le puedo hacer entender al cerebro si la pancita se queja de hambre?). Es ahí en dónde nos debemos plantear el objetivo que queremos alcanzar y de ahí en adelante buscar el método más apropiado, no importa si no suena pedagógico, lo importante es que nosotros podamos actuar como puentes por donde los alumnos puedan pasar de un contenido a un aprendizaje y lo más importante, que puedan aplicarlo.

En los profesorados aprendemos técnicas, contenidos y diversas herramientas y estrategias que en lo teórico suenan bárbaras, pero a la hora de la práctica se nos desvanecen como agua entre los dedos. Nosotros nos recibimos de docentes el día que logramos que al menos uno de nuestros alumnos aprende un contenido para la vida.